

CAPITULO II.

En el que sigue la disputa que el coronel tuvo con la beata.

Muchas veces una casualidad origina una desgracia, y otras evita una desazon. Esto último aconteció entre el coronel y D.^a María. Iba esta firmemente resuelta á acusarlo, cuando la encontró Carlota, le preguntó por él y su familia, y la beata despues de referirle lo acaecido, le dijo como iba determinada á delatar á todos. Carlota era muy prudente; y así dijo que la intencion era muy buena, pero la hora muy incómoda, pues era medio dia, y los señores estarian en sus casas, y tal vez comiendo: que seria mejor ir á casa de D.^a Eufrosina, comer allá, dormir siesta, y á las cuatro y media ó á las cinco de la tarde pasar al tribunal á delatarlos. Con esto se serenó la vieja, y ambas se fueron á casa de D. Dionisio, porque Carlota no quiso separarse de ella.

Luego que llegaron, contó la beata cuanto le habia pasado con el coronel, añadiendo é interpretando á su antojo lo que le pareció, con lo que sorprendió á Eufrosina y su marido, á Pomposa, al padre D. Jai-

me y á otras personas que asistieron á su informe, y se admiraban con razon, como que conocian bien el fondo de talento y religion del coronel; pero no se atrevian á contradecir á la vieja, pues ella juraba que así era segun lo referia.

Carlota, cuidadosa de la suerte de Matilde, no quiso despedirse, sino que envió á llamar á su marido el caballero Jacobo, á quien hizo sabedor de la desgracia que amenazaba á su amigo Linarte.

Sin embargo del general cuidado, pusieron la mesa, comieron y se recogieron para pasar la siesta. Todos estaban apesadumbrados, pero serenos respecto de sí mismos; ménos la beata, que ni durmió, y ya no veia la hora de que dieran las cuatro, para cumplir con las obligaciones de cristiana, segun decia.

D.^a Eufrosina á las tres envió el coche á su cuñado, mandándole decir que fuera luego luego, que le importaba mucho porque allá estaba la tia D.^a María.

El coronel recibió el recado con aquella serenidad que inspira la inocencia; y así, sin apresurarse, se levantó de su sofá, tomó chocolate, hizo que lo tomaran Matilde y Pudenciana, que estaban

con harto susto, y así que concluyó dos cartas que tenia que enviar á la estafeta, mandó que se vistieran las señoras, tuvo cuidado de que se previniese lo perteneciente á la casa, y cuando ya todo estaba organizado, cerró las puertas principales, tomamos el coche y nos fuimos para la casa de su cuñada.

Cuando llegamos, la hallamos toda alborotada, porque ya habian dado las cuatro, la beata porfiaba por ir á su negocio, y todos rodeados de ella se lo impedian.

Luego que vió al coronel y su familia, cerró los ojos, se tapó las orejas, y con unos gestos de energúmena decia: Déjenme salir de aquí, yo no quiero conversar con herejotes: los aborrezco, los detesto, los abomino. Si estos fueran mi padre y mi madre, haria lo mismo que voy á hacer. Sí, sí, primero es Dios y su santa fe que todo el mundo.

Sin embargo de que los visages de la beata tonta excitaban la risa de los circunstantes, no dejaban de esperar malos resultados los amigos y deudos del coronel y su familia, mucho mas cuando notaban que la denunciante no desistia de su intento.

La sensible Matilde y amorosa Pudenciana padecian mas que todos en aquella ridícula escena, y con lágrimas en los ojos procuraban aplacar á su tia; pero en vano. Esta mas se irritaba al oirlas hablar, y creyendo que aquel llanto era efecto del temor del merecido castigo por su culpa, se empeñaba mas en salirse con la suya.

El coronel instaba que la dejaran ir donde quisiera, que no tuviesen cuidado, que él se defenderia, que aquello no era nada; mas sus razones no calmaban el sentimiento de los suyos ni el temor de sus amigos, y así mas por serenarlos á todos que por otra cosa, determinó sosegar á la tia María, lo que consiguió de esta manera. Déjenla, señores, decia en voz alta, déjenla que vaya donde quiera. Yo tambien tengo que acusarla, y los dos nos quedaremos en la cárcel: yo por herege, y ella por gentil. ¿Yo por gentil? preguntaba la beata muy apurada.—Sí, señora: por gentil ó gentila, como V. quiera. Herege es el que niega alguno de los misterios de la fe que profesó en el bautismo, y gentil es el que carece en lo absoluto de esta fe ó conocimiento sobrenatural.—¿Pues qué yo no tengo fe?—No, ni sabe V. qué cosa es

fe.—¿Cómo no? La fe es un conocimiento sobrenatural, con que sin ver creemos lo que Dios dice y la Iglesia nos enseña.... Es así que V. no cree lo que Dios dice, ni lo que le ha enseñado la Iglesia, luego no tiene fe: y si no tiene fe, es gentil.... Descomulgadote, ¿quién asegura que yo no creo lo que me enseña la Iglesia?... Yo lo digo, y se lo voy á probar á V. en sus bigotes; y si no lo probare bien, á juicio de estos señores cristianos que nos oyen, desde ahora para entónces y desde entónces para ahora, me obligo en toda forma con mis bienes habidos y por haber, á que refresquemos todos de mi cuenta esta noche: ítem mas, á darle á V. treinta pesos para un hábito nuevo de cristal, y á que mi muger y mi hija le hagan unas tocas nuevas. Vamos á argüir: sentémonos.

El estilo festivo del coronel calificó su inocencia, é hizo reir á todos, hasta á la beata, que segura en que no le podian probar que era gentil, concibió la lisonjera esperanza de afianzar los treinta pesos prometidos; y así sentándose en compañía de los demas, escuchó al coronel, que se explicó de esta manera.

Ya VV. señores, habrán advertido que la tia D.^a María se ha escandalizado grandemente por una proposicion que me ha oido. Todos los dias hay gentes que se escandalizan, y otras que temen escandalizar sin fundamento, sino solo porque ignoran lo que es escándalo. D.^a María es una de ellas; y así VV. me permitirán que le explique brevemente lo que es escándalo, por lo que nos pueda importar. Oiga V. señora.

El escándalo, segun los moralistas, se divide en activo y pasivo. Activo es el que uno da con acciones ó palabras que causan ruina espiritual al prójimo, y este se puede dar no solo con acciones malas y prohibidas, sino tambien con buenas y lícitas; como por ejemplo: lícito es que yo acaricie á Matilde; pero si lo hago con ósculos y abrazos delante de algunos jóvenes de ambos sexos, ya no es lícito, por el escándalo que puedo darles, particularmente si ignoran que es mi esposa.

Escándalo pasivo es el que se recibe de las mismas acciones.

El escándalo activo se divide en especial y general. El primero es el que se da

con intencion de que otro peque y se condene, y este se llama *pecado de demonios*. El segundo es el que se da sin ese fin determinado, sino solo por la complacencia que nos resulta de la accion, como el que da á una muger el que la induce al pecado, no precisamente porque peque y se condene, sino por satisfacer su apetito.

El escándalo pasivo es de tres maneras: farisaico, de párvulos y de frágiles. El primero es aquel escándalo que se recibe no porque la accion sea en sí mala de modo alguno, sino por la depravada malicia del que la ve, y se escandaliza aun de las cosas buenas, como se escandalizaban los fariseos de que Jesucristo hiciera milagros en sábadó.

El escándalo de párvulos es el que nace de una ignorancia natural, como si uno se escandalizara de ver trabajar en domingo, sin saber la necesidad ni la dispensa con que se hacia.

El escándalo de frágiles es el que se recibe por nuestra humana miseria, que toma ocasion para pecar de cualquier cosa.

En vista de esta doctrina, ya V. entenderá que su escándalo ha sido de párvulos, porque lo ha ocasionado su ignorancia;

pero si despues que yo explique mi proposicion siguiere escandalizándose, ya entónces es su escándalo farisaico, y por lo mismo despreciable.

Yo dije, señores, que no fué obra milagrosa sino muy natural, que esta niña no se matara, cuando siendo pequeñita cayó de un balcon sobre un monton de lana; y á seguida aseguré que ningun santo, ni la misma Reina de los cielos puede hacer un milagro.

Esta señora no esperó razones, sino que tapándose las orejas, se salió de casa escandalizada de tanta heregía. Cuando solo se oyen medias palabras ó no se entiende el sentido de ellas, es fácil sacar consecuencias criminales de las cosas mas inocentes, y formar los conceptos mas ridiculos. Estas son las ventajas que ofrece la ignorancia junta con el atolondramiento. La ocurrencia de la respetable D.^a María me ha hecho acordar de un chiste que le voy á referir para que escarmiente y se divierta. Un pobre hombre llamado Blas, encontró un encorozado en una calle; este llevaba un letrero en la corroza que decia: *Por blasfemo*: el buen hombre solo leyó la mitad del rótulo, porque

la otra mitad estaba al lado opuesto de su vista; sin mas averiguacion marchó para su casa, y lleno del mayor susto le dijo á su muger: Hija, por Dios, que de hoy en adelante no me digas Blas: dime Juan, Antonio, Pascual ó lo que quieras; pero no me digas Blas por vida tuya, porque es un gran pecado llamarse Blas, y tanto que sacan encorizados á los Blases....¿Cómo así? preguntaba su muger muy admirada: eso no puede ser....Sí puede ser, hija: acabo de ver uno encorizado por Blas.

Se rieron todos muy de gana con el cuentecillo del coronel, ménos la beata, pues esta se avergonzó bastante, y mas cuando D. Rodrigo prosiguió diciendo: ¿Qué les parece á VV. señores, de la candidez de aquel buen hombre? Seguramente que hubiera acompañado esta tarde á D.^a María de buena gana, y entre los dos me hubieran ido á delatar por Blas. Pero dejemos las chanzas, y pasemos á desescandalizar á mi parienta.

Los señores saben muy bien lo que voy á decir; y aun mi muger y mi hija; pero V. señora, no lo sabe, y es preciso que lo sepa. Atiéndame.

Una de las señales características de los milagros es que sean contra la naturaleza; esto es, que superen sus leyes ó las venzan. Y ¿quién puede dominar la naturaleza, sino su autor Supremo? Por tanto; solo Dios puede hacer un milagro: solo Dios, puede hacer que el fuego no quemé, que se multiplique en un instante una sustancia, que se trasmute en otra, que un ciego rematado vea con lodo, que un muerto corrompido resucite &c. Para conseguir esto de Dios es muy oportuna la intercesion de los santos, y por lo mismo nos es muy del caso aprovecharnos de su valimiento, y solicitar su patrocinio en nuestras aficciones. Ellos son amigos de Dios, y sus ruegos son oídos de su Magestad con agrado. Esto es lo que pueden hacer los santos por sus devotos; mas no hacer un milagro; no alcanza á tanto su poder; entónces podrian lo mismo que Dios, y serian otros dioses, cuyo absurdo no cabe en la imaginacion de un católico. La naturaleza solo se sujeta á su criador, y aun cuando obedece á los hombres, lo hace mandada de su autor. Si una peña herida por la vara de Moises produce agua: si el sol detiene su curso á la voz,

de Josué, no fué porque aquel legislador ni este general tuviesen poder para ejecutar estos prodigios, sino porque Dios mandó á la piedra que diese agua, y la dió; quiso que el sol detuviese su carrera cuando Josué hablase, y el sol se detuvo. Así sucede siempre: manda el Señor, y la naturaleza obedece sus preceptos.

Y así cuando se dice que la Virgen Santísima, que este ó aquel santo son muy milagrosos, hemos de entender que Dios ha hecho muchos prodigios por su intercesion; mas no que ellos los hayan hecho.

Esta es la doctrina de la Iglesia que se ignora por muchos en punto de milagros. ¿Qué le parece á V. D.^a María?—¿Qué me ha de parecer? sino que cuanto V. dice, ni me toca ni me tañe, porque yo no soy teóloga.—Pero es V. católica cristiana, y como tal no debe ignorar los principios de la religion que profesa.—Pues yo sé muy bien el catecismo y tengo la fe del carbonero, y con eso me basta.—Se engaña V. señora: el saber el catecismo sin entenderlo, no basta; y el atenerse á la fe del carbonero, que segun el cuento decia que él creia lo que creia la Iglesia, es una

excusa muy grosera para defender la mas torpe ignorancia.

Semejantes profesiones de fe no son sino una irrision y un insulto que hacen á la misma religion muchos que se blasonan miembros de ella; porque si á un ignorante se le dice que la Iglesia enseña un error que tenga alguna apariencia de piadoso, no dudará en creerlo un momento, y ya se sabe que en materias de fe, tan malo es creer errores, como ignorar las verdades de que debemos estar instruidos.

Pues V. dirá lo que quisiere, señor coronel, decia la respetable beata; pero yo no me he de meter en camisa de once varas. Allá los estudiantes como V. se entenderán con su latinorum y teologias, que á mí me basta con creer en Dios á puño cerrado, y caiga quien cayere; y en caso de milagros, yo he de creer todos los que vea escritos en los libros, y puestos en las iglesias; y si son mentiras, allá se lo hayan los que dan licencia para ello, pero á mí no me toca meterme en averiguaciones. Yo sé que cuando una cosa se pone con letras de molde, ya ha pasado por los ojos de los calificadores, que desde luego serán muy leidos; y así cuando dan

licencia para que una cosa se imprima, ya sabrán que es muy cierta, y que no hay ningun peligro en que todos la lean.

Lo mismo digo de las muletas, cabelle-
ras, retablos y milagros de cera y de plata que se cuelgan en los templos y los altares de los santos: milagros deben de ser, media vez que todos dicen que son milagros: á fuera de que, una vez que los ponen, será con licencia del cura, del guardian ó de quien corre con el santo. ¿Qué mas es necesario para creer que son tan ciertos como los artículos de la fe? porque cuando el cura lo dice, estudiado lo tiene; y si no lo estudió, ¿qué me importa?

Yo fuera una judía si pensara que los censores no saben lo que aprueban, y que en las iglesias cada uno pone lo que quiere llamar milagro, sin que nadie le diga, por ahí te pudras. No; Dios me libre y me tenga de su santa mano para que yo no piense estas tonteras.

Concluyó la tia su discurso, con el que se divi ieron bastante los que la oian, y el coronel le dijo: En efecto, señora, V. padece mil equivocaciones, y lo peor es que está obstinada, y ha de costar mucho trabajo el convencerla. No obstante, sepa

V. que todos esos retablos y presental las que se dedican á los santos en sus imágenes no son signos de milagros, ni pueden serlo sin la calificacion y declaracion de la Iglesia. Se permite que se coloquen en los templos, para que los fieles desahoguen su devocion y gratitud, y porque, tal vez el vulgo ignorante, si careciera de esta libertad, caeria en el error de creer que ni los santos intercedian por nosotros en las necesidades, ni Dios nos dispensaba tan francamente sus favores, y este error seria mas pernicioso que el primero; pues de creer que Dios hace mas milagros que los necesarios no se sigue injuria á su omnipotencia; pero de creer que no los puede hacer, ó que nos escasea mucho sus favores, se insulta su poder soberano y su misericordia liberal. Sin embargo, seria de desear que todos entendieran que el poder de hacer milagros es privativo de Dios, y que los santos únicamente pueden suplicarle que los haga cuando convengan á su gloria y bien nuestro.

Asimismo debian todos saber que no se le puede dar crédito á quanto está impreso, solo porque estan las letras estampadas con moldes, ni porque se lea en las

carátulas que estan con las licencias necesarias. Esta es una simpleza que trae funestas consecuencias entre la gente idiota, que vive persuadida á que se debe creer como de fe cuanto está impreso, en virtud de que ven ó han oido decir los muchos pasos, censuras, licencias y dinero que cuesta la publicacion de una obra; y alucinadas con estos aparatos, no pueden convencerse de que haya falsedades en los libros, siendo así que no hay heregía ni desatino que con licencia ó sin ella no esté impreso: de lo que resulta que se empapan en mil errores que leen sembrados en muchos libros que traen vidas de santos anoveladas, y milagros apócrifos.

¿Qué alto concepto no se formará del poder falsamente atribuido al demonio, el ignorante que lea en la vida de Santa Genoveva aquellos títeres con que la hechicera en un espejo la representó infiel á su marido?

¿Qué idea tendrá de la providencia divina, siempre celosa de nuestro bien, al ver la facilidad con que permitió que se ultrajase públicamente el honor de su sierva, y que padeciese tantos trabajos sin mas fin, á lo que parece, que acrisolar su

paciencia, cuando pudo haberlo hecho por otros medios que no indujesen un escándalo general? Y por último, ¿no es fuerza que tengan al dicho por un tonto de primera marca al ver como creyó que los ojos y lengua de un carnero, que se presentó por milagro, eran de una muger y tan su conocida como suya? Yo á lo ménos no creeré estas cosas ni sus iguales mientras no me las asegure por ciertas la Silla de S. Pedro.

La historia de S. Cristobal es otro zurcido de mentiras que pasaron y aun pasan entre el vulgo. Todavía hay quien crea que fué gigante. La novena lo dice, y así se ve pintado; luego es verdad, se debe creer, y negarlo fuera heregía. Tal es el idioma del vulgo.

¿No seria bueno desengañarlo, diciéndole que no fué gigante, ni sirvió al demonio, ni lo dejó porque este se espantó con la cruz, ni sucedieron las patrañas que de él se cuentan, sino que fué uno de los héroes que murieron por confesar la fe de Jesucristo?

Así es que fuera bueno se enseñaran, dijo prontamente la sencilla beata; pero si no fué gigante ¿para qué lo pintan tama-

mañote en las iglesias? ¿Acaso son tontos los que las cuidan? A fe que no, bien saben lo que se hace, y si esto fuera fábula no sería V. el primero que lo dijese, y habiéndolo otros dicho, es regular que se omitiese que siguiera el vulgo con este error, quitando de las iglesias las pinturas gigantescas de S. Cristobal; pero una vez que no se ha hecho así, sin duda que fué tan gigante como ese Goliath que cuentan, ó ese Salmeron á quien vide con mis propios ojos. Pero sea lo que fuere, yo tengo en mi casa una cabeza de S. Cristobal hermosota de grande, ya se vé como de gigante cananeo, y soy muy su devota, y le enciendo una velota de á medio, pues, el dia que lo tengo, que no estan los tiempos para fiestas.

Se reian todos de buena gana de estas sandeces, ménos el coronel que se compadecia de ellas; y así, cuando tuvo lugar dijo: Se echa de ver, señora, que sus padres de V. fueron cristianos y que le dieron una piadosa educacion; pero por desgracia esta se ha deslucido con la multitud de extravagancias y preocupaciones que adquirió desde sus primeros años, y de las que será harto difícil se desprenda.

El afecto que V. le tiene á S. Cristobal sin duda es loable, pues su intercesion, como la de los demas santos, es poderosa para alcanzarle del Señor las gracias que la convengan; pero no es loable la credulidad de V. acerca de su desmesurado tamaño. Antiguamente se divulgó entre sus devotos que cualquiera que viese su imágen no moriria en aquel dia de muerte mala, sobre lo que se compuso este verso:

*Cristophori sancti specimen quicumque tuetur,
ita namque die non morte mala morietur.*

que en castellano puede traducirse así.

*De muerte repentina ó azarosa
no morirá cualquiera que mirare
la imágen de Cristobal prodigiosa.*

En fuerza de esta creencia supersticiosa todos deseaban ver la efigie del santo, y como dice el señor Muratori: „el que „deseaba frecuente concurso á su Iglesia, „pintaba en la fachada á este santo en es- „tatura de gigante como lo fingén las fá- „bulas de su vida.” Ya ve V. señora, y que origen tan erróneo trae ese pedazo de cuento que V. crée. Semejante á este son los que autoriza la credulidad del vulgo.

¿Qué cuentas tengo yo con eso? decía la beata: dejemos que sea cierto lo que V. dice, que eso, quien sabe; pero yo aténgome á lo que me enseñaron mis abuelos, y santas pascuas.

Cada vez que hablaba la tia Doña María, reian mas todos aquellos señores, viendo el empeño que el coronel tenia en desimpresionarla de sus errores, y la tenacidad con que ella se resistia, correspondiendo las instrucciones con sandeces.

Enfadado de estas mi tutor, varió conversacion: sacaron chocolate, dulce y agua, y concluido el refresco, se despidió la beata, diciendo que ya era la oracion, y que una muger en la calle sola y de noche estaba muy expuesta.

No pudieron contener la carcajada de risa los concurrentes oyendo que la triste vieja pensaba que aun tenia riesgos que temer en la calle. Doña Eufrosina y su hermana la detuvieron sin mucha dificultad: ella se retiró á una recámara á rezar sus devociones: las visitas parlaron un poco mas sobre diversos asuntos, y se despidieron: el coronel, D. Dionisio y las señoras se pusieron á jugar una malilla mientras era hora de cenar, y las dos niñas se

fueron á platicar lo que sabrá el lector en el capítulo que sigue.

CAPITULO III.

En el que se refiere la conversacion de las dos niñas, y se descubren los formidables espectros que asustaron á la tímida Quijotita.

Muy inquieta estaba Pudenciana mientras asistió á la conversacion de sus mayores: rabiaba por bullir á Pomposa acerca de la nueva vida que habia entablado; pero aunque gustaba de oirla delirar, la temia un poco, porque Pomposa no era boba y habia leído mucho, aunque sin orden ni eleccion; pero le sobraba lábia para aturdir á los ménos avisados; y así me nombró por su defensor *in pectore*, y cuando se fueron las dos solas, me hizo seña que la siguiera. Yo cumplí su gusto con prontitud porque tenia complacencia en oir las producciones de Pomposa.

Luego que estuvimos solos, dijo Pudenciana á su prima: ¿Conque, niña, cuéntame: ¿cómo te ha ido de espanto? Fatalmente, hermana: ¿cómo quieres que me vaya? ¿Te parece cosa de juguete ver al diablo? —Ya se ve que no; ¡pero qué tú lo viste?